



EDUCACIÓN AMBIENTAL EN LOS MOVIMIENTOS SOCIOAMBIENTALES DE MÉXICO

Francisco Javier Reyes Ruiz

Elba Aurora Castro Rosales

Área temática: Educación ambiental para la sustentabilidad.

Línea temática: El derecho a un ambiente sano y su relación con la equidad socio-ambiental.

Resumen: En este artículo se teje un horizonte analítico y reflexivo sobre diferentes modos de contacto y potencialidades surgidas entre la educación ambiental y los movimientos socioambientales (MS). Se analiza la relación que existe en las funciones y los principios de la pedagogía ambiental y la práctica de dichas expresiones sociales, las posibilidades del arte como herramienta de comunicación y formación y también se realiza una recapitulación general de los aprendizajes que vienen aportando los MS a la educación ambiental. Las reflexiones contenidas y las propuestas surgen de revisar los acercamientos y experiencias surgidas en situaciones de conflicto ambiental en distintos contextos mexicanos, mismos que fueron expuestos por educadores ambientales autores en este número de la revista. Las conclusiones aluden a discusiones y a posibles líneas de abordaje para profundizar el estudio de los MS desde la perspectiva educativa y abonar con ello al fortalecimiento teórico y de intervención social de la educación ambiental.

Palabras clave: Educación ambiental, pedagogía ambiental, movimientos socioambientales, arte..

Introducción

En los últimos años se ha construido en la academia dos consensos, por un lado, sobre la necesidad de analizar con mayor detenimiento la dimensión educativa de los movimientos sociales y, por otro, que se vienen dando esfuerzos que tienden a ir cimentando un objeto de conocimiento a partir de un conjunto de investigaciones y reflexiones al respecto, gracias a esfuerzos relativamente recientes realizados hoy con más frecuencia (Barragán y Torres, 2018). Ahora bien, los avances logrados no alcanzan a cubrir ni remotamente un tema más específico: la relación entre los movimientos socioambientales y la educación ambiental, en el cual se inscribe el presente artículo.

Antes de entrar de lleno al tema, cabe apuntar que existen distintos enfoques sobre lo que son y representan los movimientos sociales. Por ejemplo, está el enfoque crítico, cuyo análisis enfatiza la ubicación de éstos en el interregno de lo político y lo privado y señala que su campo de acción es un espacio de política no institucional; está también el enfoque que pone el énfasis en el análisis de las continuidades y las rupturas y su adscripción a tendencias conservadoras o emancipadoras (Pérez, 2019). Desde luego existen también otros enfoques, pero su abordaje no es materia del presente texto, por lo que, con fines de claridad y de manera pragmática, aquí se retoma la definición que sobre dichos movimientos proponen Díaz y Díaz (2011: 10)

Los movimientos sociales (MS) son acciones colectivas reiteradas, de confrontación o desborde de las instituciones, con expresiones más o menos organizadas en torno a una reivindicación. Acciones sostenidas de reclamos y demandas, que no se identifican con las instituciones que los generan.

Al abordarse en esta ponencia a los movimientos que reivindican asuntos socioambientales, es decir, que se ubican en el ambientalismo, se hace especial referencia a las luchas sociales en las que se enfatiza la atención a asuntos ligados a la defensa del territorio donde uno o varios elementos de la naturaleza (atmósfera, cuerpos de agua, florestas) resultan centrales y generan identidad colectiva. Por otro lado, como afirma Lenkersdorf, (citado por Regalado (2012:234-5), se reconoce que “en México, la mayoría de estos movimientos tiene su epicentro en las comunidades indígenas (...) han empezado a dejarse ver y expresarse en las grandes ciudades (lo más probable es que siempre hayan estado ahí, pero no teníamos ojos para verlos y oídos para escucharlos). Así resulta que saber ver y escuchar todo eso que se da o se hace al margen del estado, incluso, en contra de él y más allá, es uno de los mayores retos epistémicos”.

Metodología

La presente ponencia es resultado de una investigación cualitativa de carácter bibliográfico, basado en buena medida en los aportes de tesis del posgrado de la Universidad de Guadalajara en el que trabajamos

los autores y en la revisión de múltiples documentos que registran la experiencia de movimientos socioambientales. Parte del procedimiento metodológico ha implicado el diálogo personal y directo con una estudiante del posgrado, Laura Mares Ortega, que está desarrollando su tesis sobre este tema.

Resultados sobre la aplicación de principios de la pedagogía ambiental y a los MS

¿Qué principios de la pedagogía ambiental son aplicados por los movimientos socioambientales? La respuesta no puede particularizarse a cada lucha, pero es posible hacer algunas generalizaciones que contribuyan a pensar los logros y debilidades educativo ambientales en esta línea, al cruzar los principios propuestos por Reyes, Castro y Padilla, (2017) con algunas de las prácticas observadas en los movimientos socioambientales de México

Principio 1, el cual establece que *el diseño y práctica de los procesos educativos requieren tener como puntos de partida y factores centrales la realización de diagnósticos sociales y ecológicos críticos*. Al respecto los movimientos sociales cuentan con una ventaja relevante: generalmente poseen estudios que les permiten un conocimiento amplio y profundo de los contextos en los cuales se ubica el problema o conflicto ambiental que enfrentan, pues esta es una herramienta fundamental para su desempeño. Sin embargo, puede apreciarse, que los datos duros y las interpretaciones de las problemáticas, sobre todo aquellos que rompen con los modos en los que se ha transmitido la historia y el saber (Sandoval, et. al., 2014), no son siempre capitalizados con propósitos educativos.

Principio 2, que plantea *impulsar como valores centrales el compromiso, la colaboración, la ayuda mutua y la solidaridad social entre los actores que participan en los procesos educativo-ambientales*. Con o sin referencia explícita a la pedagogía ambiental, es un hecho que los movimientos socioambientales asumen tanto que tienen responsabilidad política, como que están impregnados de reciprocidad y cooperación. Es en ese tejido, sin dejar de reconocer que también existen diferencias, problemas y fricciones, que los movimientos sociales van haciendo de su dinámica interna un espacio de formación para sus integrantes, generando creativa y colectivamente formas de resistencia, conciencia de grupo y mecanismos de protección.

Principio 3, que hace referencia a *tolerar y respetar, en un marco de diálogo abierto, la diversidad ideológica y cultural de los participantes en los programas formativos y estimular la libertad de pensamiento*. Ante este principio se muestran posturas contrastantes por parte de los movimientos socioambientales, pues algunos con la finalidad de cerrar filas para aumentar su capacidad de gestión y tener mejores niveles de cohesión frente a los adversarios, no aceptan o acallan la pluralidad ideológica; otros en cambio, con la intención de articular a distintos perfiles de actores sociales y fortalecer con ello la lucha o bien generan procesos de diálogo y entendimiento o no fomentan debates que saben que conllevan altos riesgos de división interna. Sin embargo, dentro de los procesos educativos hacen referencia frecuente a la necesidad de

que se respeten manifestaciones plurales para que el modelo económico predominante, y su consecuente cosificación e instrumentalización de la naturaleza, no sea la única vía u opción social.

Principio 4, que señala que *la pedagogía ambiental impulsa la emancipación, entendida ésta como el avance hacia un nivel superior de libertad y como la ruptura de las condiciones de opresión que viven actores sociales*. Aunque no todos los movimientos socioambientales asumen una radicalidad social que los posicionen como contrahegemónicos o anticapitalistas, sí llevan impregnada, en la gran mayoría de los casos, una rebelión cívica que asume una crítica frontal a los intereses económicos y políticos que propician las amenazas al patrimonio cultural y natural, los problemas o los daños ambientales que han dado origen a su movilización (Paz y Risdell, 2014).

Principio 5, con el que se destaca que *la responsabilidad compartida es un elemento central a impulsar en los procesos educativo-ambientales, lo cual fortalece a las comunidades y conlleva al reconocimiento de la dimensión política, inherente a la educación*. En este contexto, se entiende que la política no se restringe a asuntos de las instituciones, los partidos y el Estado, sino que tiene que ver con una dimensión mucho más amplia, ligada a la organización social, a la gestión y administración del poder público y a las reivindicaciones de carácter personal, comunitario y cultural. En tal sentido, todo movimiento socioambiental conlleva, lo asuma o no, un alta carga política, un posicionamiento ante el ejercicio del poder y una resistencia epistémica que propicia distanciamientos ante la educación predominante (Barragán y Torres, 2018). Dado que, como aquí se ha venido reiterando, sus miembros se educan en la lucha, o podría decirse que los movimientos sociales son sujetos educativos de sí mismos, entonces se da en los hechos una formación política que conduce al fortalecimiento organizativo, que no solo incrementa la capacidad social del movimiento, sino que genera la convicción entre los integrantes de que es posible influir en el contexto político, lo que termina siendo un cimiento para la acción político-ambiental con la cual se le da sentido a la lucha y, en ocasiones, llega a construir una renovada visión de mundo. En este sentido, a decir de Aguilera y González (2014) la participación en los movimientos sociales genera en sus integrantes una nueva perspectiva del ejercicio político que les permite pensar en las posibilidades de alcanzar en el futuro sus deseos colectivos y, entre ellos, sus apuestas educativas, las cuales confrontan las concepciones más tradicionales y conservadoras de la educación, amparadas fundamentalmente bajo la tutela de los aparatos escolares, incluyendo las universidades.

Principio 6, a partir del cual se reconoce que *la prioridad del proceso de enseñanza-aprendizaje en el campo de la educación ambiental no se remite a elevar la visibilidad y la comprensión sobre la naturaleza, sino a evidenciar la relación indisoluble que existe entre el deterioro de ecosistemas y los problemas que enfrenta la sociedad (especialmente la inequidad, la injusticia y la débil democracia)*. Este es un principio activo de la pedagogía ambiental, presente en los movimientos socioambientales, pues sin él todo quedaría en la gestión ecológica y no se identificaría el vínculo ineludible entre la sociedad y la naturaleza ni se haría una relación directa entre la administración y cuidado de la segunda como consecuencia del funcionamiento de la primera.

Principio 7, el cual se fundamenta en el entendimiento de que *lo educativo es un proceso de construcción social de la realidad, en el cual se establece con preponderancia el conocimiento del otro y el fortalecimiento de las comunidades y su entorno*. Los movimientos socioambientales tienen como uno de sus pilares la creación o consolidación de articulaciones comunitarias, pues solo en éstas puede descansar el desgaste y los riesgos inherentes que en un alto porcentaje de los casos implica luchar por solucionar un problema o un conflicto ambiental. En ese camino, la construcción colectiva del conocimiento en el que se basa la argumentación central del reclamo o de la propuesta del movimiento, conlleva un proceso en el que los integrantes se educan ambientalmente, muchas veces sin una intención explícita y planificada, pero que termina propiciando que éstos adquieran durante la lucha información, valores, sentidos, capacidades intelectuales y operativas que antes no tenían o no estaban suficientemente desarrolladas. Este proceso de democratización del conocimiento no solo es un pilar fundamental en la relación entre los movimientos socioambientales y la educación ambiental, sino que también es elemento central en la formación de sujetos sociales al margen de la escuela y muy imbricado con la cotidianidad de los integrantes. Además, *el sujeto se siente reconocido en la experiencia y a la vez la experiencia se siente potenciada por los sujetos que entran a hacer parte de ella* (Aguilera y González, op. cit, P. 120).

Aprendizajes educativos de los movimientos socioambientales

Todo proceso educativo implica la intervención dinámica de diversos elementos y factores: educadores, educandos, currículo, contexto institucional (o no), materiales y medios educativos, espacios y tiempos. En los movimientos socioambientales tales actores y dispositivos no necesariamente están bien definidos en términos de funciones. Por ejemplo, el papel de educadores y educandos se presenta de manera disuelta, pues en la acción colectiva se entremezclan ambos y se puede decir, en lo general, que todos aprenden de todos; puede haber intención educativa, pero no currículo como tal; el contexto no está formalizado, sino que está definido por el estilo de organización y movilización que se da; los materiales y medios por lo general no se diseñan en función de un programa educativo, sino en la necesidad que presenta la coyuntura del propio movimiento; no hay formalidad rígida en los tiempos y espacios, pues dependen de las posibilidades y de la dinámica que la movilización demanda. Lo anterior implica que la dimensión educativa de los multicitados movimientos no sea fácil de asir, resulte escurridiza y sea vista como un espíritu muy presente pero no tan visible o palpable. Es por esto que se ha venido dando un consenso entre los académicos y los activistas en el sentido que existe la necesidad de estudiar con mayor profundidad a los movimientos socioambientales desde recortes educativos, para desentrañar lo que pasa en este aspecto. A pesar de las limitaciones y dificultades, es posible ubicar algunos aprendizajes que han aportado dichas expresiones ciudadanas, entre las que se encuentran las siguientes:

Un primer aspecto que cabe enfatizar es que en los procesos formativos de dichos movimientos, la centralidad no está en los educadores o en los educandos, pues los integrantes, como ya se dijo, se alternan

ambos papeles y terminan estando estrechamente conectados, por lo tanto, lo nuclear de la educación está en los procesos que comparten y les dan identidad y en los propósitos que los unen. El hecho de que no se dé la tajante división, en sentido estricto, entre quienes educan y quienes son educados, no significa que los aprendizajes sean incidentales o fortuitos, dado que los actos educativos en los referidos movimientos socioambientales le dan la centralidad a elementos como los valores, los contenidos y los propósitos sociales y no en las funciones típicas establecidas por los aparatos escolares.

Otro aprendizaje tiene que ver con las capacidades de transformación social que los movimientos socioambientales propician, dado que sus miembros, como resultado de su accionar colectivo, fortalecen o transforman sus valores personales y, aunque no siempre, logran trastocar a las instituciones vinculadas con la dimensión ambiental. Este aprendizaje es más profundo entre menos reactivo y más propositivo es el movimiento, entre menos impulsados por el instinto o los reflejos sociales y más por la convicción inteligente y pensada en términos de generar impacto social positivo y no solo resolver un problema ambiental específico.

Se dan también procesos de aprendizaje a través del debate conceptual, en este sentido términos como *ambiente*, *sustentabilidad*, *desarrollo*, *bien común*, entre muchos otros, cobran vida y significado cuando se les vincula a la situación concreta en la que se da determinado movimiento socioambiental. Es decir, se generan procesos de praxis social en los que *concepto* y *acción* son elementos indisolubles que se alimentan mutuamente, que se construyen en un diálogo, entre los integrantes del movimiento, tan horizontal, abierto y estimulante, como sea posible. Ahora bien, no todas las acciones emprendidas conducen a los mismos aprendizajes, más bien casi cada una lleva a establecer vínculos con distintas áreas del conocimiento o a diferentes saberes ambientales. En la medida en que esto se logra se van haciendo menos necesarios los expertos y el movimiento genera cuadros competentes para comprender el problema o conflicto que lo aglutina y para establecer diálogo con otros actores sociales.

Más allá de los aprendizajes ligados a la red de temas que teje el problema o el conflicto ambiental enfrentado por determinado movimiento, hay otros que se dan paralelamente, tales como aprender a argumentar; a escuchar y a respetar o tolerar la diferencia; a distinguir estrategias, métodos y tácticas de lucha social; a asumir con disciplina las decisiones colectivas; a templar el carácter individual; a mostrar empatía y saber convivir; en ocasiones a leer y redactar; y, sobre todo en los líderes, a relacionarse y expresarse en los medios de comunicación masiva.

Por otro lado, los movimientos socioambientales emplean muy distintos medios y materiales para la formación de sus propios integrantes, de tal manera que las asambleas, los grupos de trabajo y los de estudio, las comisiones de gestión, las marchas y mítines, los volantes y carteles, los videos, las redes sociales, entre otros, conforman una amplia gama con la que se pretende construir una perspectiva articulada y consensuada de los elementos centrales que conforman la lucha. Existe un elemento privilegiado para la formación ambiental, el cual es empleado con mucha frecuencia: el taller, espacio en

el que la formación es más intencionada, programada, metódica y profunda. Hay también un elemento central empleado por muchos de los movimientos: los espacios o escenarios naturales, sobre todo cuando en su lucha está de por medio un bosque, un cuerpo de agua, un parque, una barranca. En este sentido, y a diferencia de los procedimientos anquilosados que emplea la escuela o la educación formal, los movimientos socioambientales hacen uso múltiple, variado y sistemático de materiales y medios educativos, aprovechando el entorno ecológico para construir conocimientos y valores que generen un puente cognitivo y afectivo con la naturaleza.

Finalmente, dichos movimientos, entre otros, demuestran que la capacidad ontológica de los humanos para enseñar y aprender durante toda la vida es demostrable, pues la participación activa de miembros de todas las edades propicia contextos favorables para aprender en diversos sentidos: conocimientos ambientales, de organización social, de resolución de conflictos, de legislación, de contextualización del problema o conflicto ambiental.

Conclusiones

A pesar los avances y contribuciones que los movimientos socioambientales han alcanzado, es evidente que requieren profundizar sus reflexiones teóricas en materia educativa, no tanto con una intención académica, sino para potenciar su capacidad de agencia, su construcción de actores sociales, su función de crisol de disciplinas científicas.

El estudio de la dimensión educativo ambiental en los movimientos sociales, especialmente socioambientales, ofrece una riqueza importante para este campo (entendido en la dialéctica práctica-teoría). Algunas de estas posibilidades son las siguientes: i) reconstruir y generar una nueva episteme en los cuerpos teóricos que, a la luz de la actividad social en los contextos de conflicto socioambiental, exigen cambiar nuestra relación con el mundo, en este sentido cabría repensar nociones como *lugar*, *comunidad*, *desterritorialización* (Escobar, 2001), *desarrollo*, *sustentabilidad*, entre otros; ii) enriquecer el concepto de pensamiento crítico y su característica transicional; es decir, vislumbrarlo como un pensamiento “posicionado políticamente, alternativo, descolonizador, ético, transfronterizo, que crea fracturas en el edificio epistémico y en la relación entre sujetos” (cuya función es...) “movilizarnos para recuperar nuestro ser con la tierra y para actuar para defenderla defendiéndonos” (Almendra, 2017, p. 62); iii) la vitalidad de los movimientos sociales, inducen a la educación a buscar la reciprocidad y armonía entre “palabra y acción, este desafío es vital tanto para la academia como para los pueblos y los movimientos”, dice Almendra (Op cit, p. 74); iv) se percibe que la construcción de sujetos es clave para la educación ambiental, mientras no se aborde en su noción esencialista, sino relacional, pues según Grosfoguel (2006, p.20) “la filosofía occidental siempre ha privilegiado el mito del “Ego” no situado, con lo que se da lugar a un conocimiento único, universal atemporal. De ahí el valor de “yo relacional” que imprime una posición política y un posicionamiento en el mundo, elementos sensibles a la ética y a la imaginación colectiva, materia de la educación ambiental.

Abreviar de los movimientos sociales donde se desafía a la sustentabilidad, implica para la educación ambiental enriquecer tanto los marcos interpretativos de la sustentabilidad, abrir críticas al antropocentrismo y a la noción utilitaria-capitalista de la naturaleza (Porto, 2001); como diseñar una pedagogía crítica tendiente a configurar escenarios que superen los desafíos. El resultado de esta integración buscará construir realidades alternativas articuladas en el tejido social y en relación con procesos democráticos, de justicia y de ampliación de los derechos para la vida en todas sus manifestaciones.

Finalmente, cabe destacar que la participación de educadores/as ambientales en movimientos socioambientales ofrece la posibilidad de que éstos enriquezcan la lucha en momentos claves: i) la denuncia, al conseguir que en la comunicación sobre los referentes de las contiendas se comprendan críticamente el conflicto socioambiental, además de contribuir con la elaboración de diversas y creativas expresiones de sensibilización; ii) la lucha por librarse de los embates y de la imposición del “progreso”, reforzando o construyendo distintas lecturas del movimientos socioambientales, y evidenciando una construcción integrada de los saberes populares, los saberes técnico-científicos, los saberes éticos y políticos hacia dentro y hacia afuera del colectivo y, iii) finalmente, la construcción de un horizonte de futuro fuera del alcance hegemónico, en donde el educador ambiental participa alimentando el referente utópico destacando saberes ambientales, y recuperando la historia de la némesis que entró en el conflicto ambiental.

La presencia de un educador ambiental en un movimientos social, ambiental o no, potenciará la construcción de aportes a la EA y generará aprendizajes prácticos y reflexivos (teórica-metodológica y filosóficamente) aprovechando los planteamientos disonantes de estos MS con la “normalidad” que impone la cultura hegemónica.

REFERENCIAS

- Aguilera, A. y González, M. (2014) Educación y movimientos sociales. La sostenibilidad de las propuestas. Folios. No. 39. Primer semestre 2014. <http://www.scielo.org.co/pdf/folios/n39/n39a09.pdf>. Consultado el 20 de enero del 2019
- Almendra, V. (2017) Una mirada del pensamiento crítico desde el hacer comunitario. En *Pensamiento crítico, cosmovisiones y epistemologías otras, para enfrentar la guerra capitalista y construir autonomía*, editado por Jorge Regalado, 61-75.
- Barragán, D. y Torres, A. (2018) Estudios sobre procesos educativos en organizaciones y movimientos sociales. Folios. No. 48. Segundo semestre 2018. <http://www.scielo.org.co/pdf/folios/n48/0123-4870-folios-48-00015.pdf>. Consultado el 23 de enero del 2019.
- Díaz, P. y Díaz, V. (2012) Educación, movimientos sociales y comunicación popular. Polis [En línea], 28 | 2011, abril 2012, consultado el 30 septiembre 2016. URL: <http://polis.revues.org/1461>.
- Escobar, A. (2001). Culture Sits in Places: Reflections on Globalism and Subaltern Strategies of Localization. *Political Geography* vol. 20: 139-174. 2001
- Grosfoguel, R. (2006) La descolonización de lo economía política y los estudios postcoloniales: transmodernidad, pensamiento fronterizo y colonialidad global. *Tabula Rasa* no.4 (enero-junio):17-46.
- Paz, F. y Risdell, N. (coords) (2014) Conflictos, conflictividades y movilizaciones socioambientales en México: problemas comunes, diversas lecturas. México: UNAM, MAPorrúa. ISBN: 978-607-02-5451-2. 2014

Pérez, M. (2019) La participación ciudadana de los movimientos socioambientales en América Latina. *Rev. Colomb. Soc.* 42(1), 135-156. Consultado el 25 de marzo del 2019.

Porto, C. Geo-grafías. Movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad. México: Siglo XXI Editores. ISBN:9682323037. 2001.

Regalado, J. (2012) Notas deshilvanadas sobre otra epistemología. En Tetreault, D.; Ochoa-García, H. y Hernández-González, E. (Coords). Conflictos socioambientales y alternativas de la sociedad civil. Guadalajara: ITESO.

Reyes, J., Castro, E. y Padilla, R. (2017). Pedagogía ambiental: de la necesidad consensuada al acomodo de cimientos. En: Reyes, J. y Castro, E. (Coords) Travesías y dilemas de la pedagogía ambiental en México. Guadalajara, Jalisco, México: Editorial Universitaria de la Universidad de Guadalajara. ISBN 978 607 742 926 5.

Sandoval, M, Sandoval, R. *et al.* (2014) La escolita Zapatista. Ensayos. México: Grietas y Grafisma. ISBN: 9786079326210.